

que se consumaba la independencia, se daban garantías á los españoles, y el pueblo recibia una forma de gobierno la mas análoga á sus costumbres y á sus necesidades. Los diputados á las cortes de España llevaban el proyecto de presentar aquella asamblea proposiciones, que tendiesen á ese desenlace. Las órdenes de jurar la constitucion que llegaron en Abril fueron obedecidas sin resistencia. La imprenta recobró la libertad que habia perdido. Las cárceles se abrieron á los presos por opiniones políticas. El triunfo de las ideas liberales era uno mismo en ámbos mundos. ¡Qué faltaba en tan felices circunstancias! Un hombre, y repito que la Providencia Divina tenia reservado, uno que amaba á su Patria, uno que conocia sus necesidades, uno que veia claramente la posibilidad del éxito, y uno en fin, que habia de ser el padre de nuestro pueblo y el regenerador del imperio de los Aztecas.

Las miradas de todos se dirigieron á Iturbide, y correspondió este ilustre caudillo á las esperanzas de todos. Aceptó la gloriosa, cuanto arriesgada empresa de luchar contra un gobierno que llevaba trescientos años de establecido entre nosotros: que estaba orgulloso con el reciente triunfo que habia adquirido en la sangrienta y prolongada guerra comenzada el año de 10 y que contaba para mantener su dominacion con el hábito de la obediencia, con el desaliento de los vencidos, con la altanería de los vencedores, con once regimientos españoles llegados de Europa, siete regimientos veteranos, diez y siete de provinciales y mas de setenta mil realistas, que se habian opuesto vigorosamente á los progresos de la revolucion del cura Hidalgo. Pero ochocientos hombres sosteniendo el mas sabio de los planes, y centuplicados por el nombre de Iturbide, fueron bastantes para hacer temblar desde el principio el palacio de los Vireyes. En Febrero de 821 proclamó la independencia y en Setiembre del mismo año era el libertador de Méjico, triunfante por sus calles, recibiendo las aclamaciones y los vivas de un pueblo libre. Sete meses bastaron para derribar el imperio que durara por tres siglos: el valor del campeón de nuestra libertad, bastó para alentar á los que poco ántes habian sido vencidos, y para intimidar á los dominadores: la sabiduría del plan de Iguala bastó para acallar las desconfianzas y para unir á los mexicanos: y la grandeza del hijo predilecto de la patria, bastó para adquirir la libertad sin efusion de sangre. Pocos meses habian pasado, y una corona brillaba en sus sienes, como justa recompensa de sus grandes virtudes é inmensos servicios.

¡Dia feliz en que el pueblo manifestó su gratitud y su respeto al mas eminente de los mexicanos! ¡Dia feliz en que el génio fatal de la discordia, huyó despavorido á sepultarse en las hondas cavernas del infierno! ¡Dia feliz que jamas se borrará de la memoria, ni se arrancará del corazon de los que amen verdaderamente á la Patria! Queretanos, hoy hace 30 años que se rompió el nudo que nos sugetaba á la España, y en Mayo de 822 las fértiles y ricas provincias de México se vieron libres y elevadas, de abyectas colonias al rango de un poderoso imperio.

Hasta aquí, señores todo es sublime, todo grandioso: cada accion es un triunfo, cada paso un progreso: todo es armonía, todo concordia: un porvenir sembrado de ilusiones alentaba nuestras esperanzas; la realidad de los bienes que gozábamos corroboraba nuestros propósitos. ¡Mas oh desgracia! Dos partidos opuestos en creencias políticas se unieron sin embargo para abrir la puerta á la guerra civil, y al paso que minaban los cimientos del trono, preparaban tambien los futuros males de la Patria. Cuando los esfuerzos de todos debian ser simultáneos para que esta Patria al nacer se nutriera con máximas de moralidad, con sentimientos de patriotismo, y con ejemplos de respeto á las autoridades; entónces se quebrantaban los juramentos mas solemnes, se negaba toda clase de recursos al gobierno para desvirtuarlo, y se ponía en duda públicamente su validez. Entónces se pedía á mano armada lo que debiera triunfar por el convencimiento, y se daban los primeros ejemplos de traicion. La lengua rehusa enumerar las perfidias que para nuestro mal se cometieron, y la alma se horroriza en pensar que hubo mexicanos, capaces de la mas negra ingratitud. Baste solo decir que ellas hicieron abdicar al hombre que por tantos títulos merecia nuestro miramiento y era acreedor á nuestra ternura. Ellas fueron las que lo compulsaron á abandonar una Patria por quien se habia sacrificado y que le debia su salvacion. Ellas lo hicieron mendigar un asilo en una tierra estraña, desde donde nos decia: „El mayor sacrificio que he hecho, ha sido el abandonar para siempre una Patria tan amada, que encierra todavia en su seno un padre que adoro, cuya edad abanzada, no me permitió traerle conmigo: una hermana en la que nunca puedo pensar sin sentimiento de dolor; parientes, amigos, compañeros de todas edades en los dias mas felices de mi vida. ¡Mexicanos! Este escrito llegará á vuestras manos: su objeto principal es manifestaros, que vuestro mejor amigo no ha

n=5.

faltado jamas al amor y confianza que le habeis prodigado. Mi reconocimiento se medirá por mi existencia. Cuando leais á vuestros hijos la historia de nuestra Patria comun, decidles que juzguen con benevolencia al gefe del ejército de las tres garantias. Si por acaso mis hijos se encontrasen en circunstancias de necesitar de vuestra proteccion, no olvideis que su padre consagró la mas bella parte de su vida en trabajar por vuestro bienestar. Recibid mis últimos avisos y quiera el cielo colmaros de sus beneficios." ¡Y nosotros como lecrémos nuestra historia á nuestros descendientes? Cubriéndonos la cara al llegar á un capítulo manchado de sangre. ¡Los gratuitos enemigos de Iturbide cómo correspondieron á los nobles deseos que les manifiesta en este escrito? Sacrificándolo en un patíbulo. ¡Y como protegieron á los hijos que legaba á su cuidado? Dejándolos en la horfandad. ¡Hombres inhumanos, parricidas desnaturalizados! Pesen sobre ellos las desgracias infinitas que nos han afligido por tanto tiempo. Llénenos de baldon las maldiciones de los buenos mexicanos, y que se pinte en sus frentes el oprobio de haber visto flotar en el palacio de Moctezuma, la execrable bandera de las estrellas. ¡Hombres inhumanos! que pudo mas en ellos la ambicion, que la gratitud, que no pudieron ver sin envidia la gloria que habia sabido adquirirse el que era superior á todos. ¡Parricidas desnaturalizados! que no temieron manchar sus manos con la sangre mas inocente: que no temieron regar con ella el suelo mejicano, para hacerlo estéril en la germinacion del bien público: y que no temieron el castigo que era justamente merecido á tan horrendo crimen. Por que no hay duda. Cada gota de esa sangre preciosa que se vertió en Padilla es una desgracia que nos manda la justicia irritada del cielo. Cada gota de esa sangre ilustre es un combustible que alimenta la tea de la discordia, causa de nuestra desunion interior y de nuestra debilidad con el enemigo extranjero. Cada gota de esa sangre heroica es una barrera que separa los partidos en que estamos divididos; y es una mancha que obscurece las páginas brillantes de nuestra historia. ¡Si esto no fuera cierto, pudiera ser pobre una tierra que contiene en sí misma todos los elementos de riqueza, la que produce la plata en mas abundancia que ninguna otra, la que es capaz de alimentar un pueblo, diez veces mayor que el nuestro y cuya diversidad de climas puede prover de las primeras materias á la industria en todos sus ramos? ¡Si esto no fuera cierto, pudiera estar dividido en bandos irreconciliables, un pueblo de un ca-

rácter tranquilo y fraternal por naturaleza? ¡Si esto no fuera cierto, pudiera ser débil una nacion, que en épocas mas felices luchó gloriosamente contra las armas españolas; armas que por otra parte, probaron las primeras en Bailen que era vencible el mayor guerrero de la Europa?

¡Que contraposicion tan horrible! Un diputado cuyo nombre debe relegarse al olvido, proponiendo en Méjico la proscripcion de Iturbide, é Iturbide huyendo en Europa de la Santa Alianza y de los españoles, sus enemigos naturales. El congreso general aprobando el mas inicuo de los decretos; é Iturbide viniendo á ofrecer de nuevo sus servicios al país que lo habia tratado con tanta crueldad. La representacion nacional declarándolo enemigo de nuestra tranquilidad; é Iturbide desembarcando en Soto la Marina, sin mas compañía que su constante amor por Méjico, y sin mas armas, que su deseo, jamas desmentido, de ver libre é independiente á su ingrata Patria. La legislatura de Tamaulipas sentenciándolo á muerte; é Iturbide dirigiendo al mismo cuerpo una exposicion de su conducta y probando su inocencia. Los mejicanos gustando las dulzuras de la libertad, que les habia dado Iturbide; é Iturbide apurando el caliz de la amargura en el camino del suplicio. El bárbaro decreto de proscripcion prohibiendo hablar de Iturbide; é Iturbide diciéndonos al morir „Mejicanos: os recomiendo el amor á la Patria y la observancia de nuestra santa religion; ella es la que os ha de conducir á la gloria. Muero por haber venido á ayudaros, y muero gustoso porque muero entre vosotros: muero con honor; no como traidor: no quedará á mis hijos y su posteridad esa odiosa mancha: no soy culpable de traicion alguna, no. Guardad subordinacion y prestad obediencia á vuestros gefes, que haciendo lo que ellos os manden, cumplireis con Dios. No es la vanidad la que me hace hablaros de este modo: estoy muy léjos de tenerla en este momento...."

Efectivamente: cuando los hombres van á comparecer ante el tribunal inexorable de Dios, cuando toda su vida se agolpa á su memoria; entónces no se miente, entónces se viene el corazon á los labios. ¡Felices nosotros si hubiéramos escuchado los consejos del que nos amó hasta al morir! ¡Felices y mil veces felices, si supiéramos perdonar á nuestros enemigos políticos, como él perdonó nuestra ingratitud. La sombra de Iturbide, Queretanos, vaga entre nosotros, no irritada por nuestra crueldad; sí sentida porque hemos despreciado sus avisos. Ella se nos hace presente en cada revolucion,

n^o 5.

que anonada á la autoridad y desmoraliza al pueblo: ella se nos hace presente en cada revolucion que agota la riqueza pública y nos llena de miseria: ella se nos hace presente en cada revolucion, que separando los corazones nos hace débiles con los enemigos estrangeros: ella siguió paso por paso nuestras derrotas y los triunfos de los aventureros americanos: ella llora con nosotros nuestro oprobio, y en nuestros sueños nos pide venganza del ultrage que recibimos. Aplaquémosla, Querretanos: borrando el nombre de revolucion de entre nosotros. Aplaquémosla, borrando el nombre de partidos. Aplaquémosla jurando un odio eterno y jurando tomar venganza de los que pudieron manchar nuestro nombre; no por su valor; sino por nuestra debilidad. Aplaquémosla en fin, conservando nuestra independenciam, y procurando engrandecer á la Patria, que entónces satisfecha volará á descansar en el sepulcro, y el padre de Méjico, colocado junto al trono de Dios, le pedirá por la gloria de su pueblo, con la constancia y el amor con que peleó acá en la tierra por nosotros, hasta haber firmado con su sangre y haber sellado con su muerte la carta de nuestra libertad.



n^o 5.

